

Strindberg, una mirada psicoanalítica¹

Yvonne Armella*

En este libro, *Strindberg, una mirada psicoanalítica*, Estela Ruiz Milán se propone:

Cotejar los personajes de algunas de sus obras teatrales con los datos obtenidos por medio de los biógrafos y de la autobiografía escrita por el mismo autor. Encontrar los paralelismos entre los personajes y el autor y pretender llegar lo más cerca posible a un conocimiento y explicación de la personalidad del autor; de sus motivaciones inconscientes y de su conducta; de sus actitudes y de su visión del mundo y de la vida.

Así, a partir de la aplicación de la teoría psicoanalítica veremos cómo Strindberg actúa en sus personajes lo que él siente y piensa. De alguna manera el teatro y la consulta se vuelven uno.

En ambos se desea el encuentro de una identidad integrada.

Si la fragmentación y la arbitrariedad son condiciones de la vida, en Strindberg también son la calca de sus afectos.

El dramaturgo ve a sus personajes como Ruiz Milán lo ve a él. Su patología está en sus obras, pero al mismo tiempo, su salud son éstas. Ése es Strindberg: la división, la escisión y la genialidad.

Cada persona, debido a su pasado, a su profesión, a su capacidad de empatía e inteligencia, aprende y hace suyo un modelo de conocimiento que se vuelve un filtro de un color específico para comprender, explicar y aproximarse a la realidad.

¹ Estela Ruiz Milán, *Strindberg, una mirada psicoanalítica*, Difusión Cultural UNAM, Colección El Estudio, UNAM, México, 2006, 57 pp.

* Psicoterapeuta psicoanalítica en la Sociedad de Psicoanálisis y psicoterapia de la Ciudad de México.

Para Ruiz Milán el psicoanálisis ha sido y es su vida, su pasión, su filtro. Es la disciplina donde no sólo encontró su sentido, crecimiento y vocación, sino que obtuvo las herramientas sistematizadas para brindar esta posibilidad de integración a sus pacientes a lo largo de toda su práctica psicoanalítica que suma ya 40 años.

Si bien este trabajo fue escrito hace varios años, antes de su publicación volvió a ser revisado y corregido. De esta manera, la gran experiencia que como psicoanalista ha cosechado día a día la autora la encontramos sintetizada en *Strindberg, una mirada psicoanalítica*.

Strindberg, el paria-genial, el hombre escindido:

La discrepancia de los orígenes sociales de las dos figuras más relevantes, padre y madre, de alguna manera condiciona la escisión de su mente.

La pugna entre los extremos como el pobre y el rico, el humillado y el soberbio, el deudor y el acreedor, el paria y el noble, se engendraron en Strindberg en una forma que podría llamarse genética. Y favorecían al desarrollo de las ideas delirantes de persecución, desprecio y daño que le acosarían durante toda su vida.

Incapaz de percibir grado y matiz, vivía en los extremos con una intensidad enloquecedora. Se rebela a su destino y trata de inventar nuevas premisas de valores, nunca integrados, con rabia, coraje y envidia; y así destruir todo lo que no lo incluía a él.

Era un hombre profundamente escindido y cada parte de él se identificaba con fragmentos de realidad y sueños, que al final del día se contraponían unos con otros, hasta destruirse. La autora, en su análisis, nos explica cómo la lejanía con sus figuras introyectadas lo hacían sentir la ansiedad del vacío del desaparecer, pero la cercanía le provocaba graves sensaciones de dolor y temor frente a la posibilidad del ser engolfado. No había distancia o cercanía afectivas con él mismo, o con los demás, que le brindaran paz o estabilidad. Ambas estaban dominadas por la amenaza.

Bástenos acudir a los títulos de sus obras para comprender la esencia de la vibración de sus afectos nucleares: *El hijo de la sirvienta*, *Manifiesto de un loco*, *Infierno*, *Solo*, *El padre*, *La señorita Julia*, etcétera.

Ruiz Milán nos cuenta cómo Strindberg en su teatro lograba elaborar una parte de sus conflictos. Lograba un *insight* racional muy pronto, pero debido a su escisión, el *insight* afectivo era sumamente defectuoso, llegaba muy tarde y fragmentado, con lo que se impedía la integración psicoterapéutica del psicoanálisis que logra cambios de conducta más adaptativos en el paciente.

Las preguntas, dudas y ansiedades que Strindberg expresa haber vivido cuando joven, son, *grosso modo*, el estado que vive una persona cuando decide pedir ayuda profesional y se acerca al consultorio psicoanalítico. Él no tenía esta opción en su tiempo y fue a través de su obra en teatro que logró cierta elaboración al sentir que pertenecía, que era parte grandiosa o esencial, de un continente. Sus rasgos maniacos duraban poco, pero le retribuían aunque fuera un momento, lo que él sentía que merecía de parte del mundo; y en cambio, la depresión lo envolvía hasta ahogarlo, constantemente.

La depresión vivida como mil pérdidas que lo perseguían y desfiguraban hacia una esquizofrenia paranoide.

Su ecuación era irreconciliable: sentirse el mejor y, a la vez, ser el rechazado. Siempre sintió que había entregado mucho más de lo que había recibido en su mundo afectivo. Y que los demás no valoraban suficientemente su verdadera grandeza.

Su sed constante, incansable por competir y ganar, era como un bálsamo pasajero para la necesidad inmensa de compensación con la que siempre vivió. Y así nos dice la autora: “Nació asustado y permaneció siempre temeroso de la vida y de la gente”. Sus relaciones con los demás estaban marcadas por su grave patología (que contenía delirios, una desaparición paulatina de la represión, falta de control de impulsos, fragmentación, ideas fijas, ideas mágicas, comprender y vivir los afectos en extremos, carecer de la capacidad de sentir grado y matiz, tomar la parte por el todo y finalmente también alucinaciones), y por todo esto contenían ese altísimo grado de sinsentido y ambivalencia.

Sus constantes sentimientos de rivalidad y celos lo hacían vivir todo lo que no salía como él deseaba, como rechazo personal y un aumento en su ya profunda frustración y rabia.

Para Strindberg, de alguna manera, aunque no lo queramos y tratemos de evitarlo, todos acabamos siendo enemigos de y entre nosotros mismos.

En su teatro desmiente con gran furia y violencia todos los principios con los que fue educado. Rechaza y reprueba las creencias religiosas, los dogmas de fe, las instituciones; porque todas estas enseñanzas, como el pietismo practicado en casa, habían contribuido al aumento de su escisión y paranoia, al aumento de su destrucción y soledad. Justificándose tras la premisa: Si el mundo es cruel es natural que yo sea violento.

Pero si bien la racionalización, como mecanismo de defensa de grado superior, disminuyó un poco la invasión de la ansiedad en la esquizofrenia nunca logró evitar la fragmentación.

Todo en él era escisión: sed de cercanía, de reconocimiento, de una compensación constante a todas sus carencias y sufrimientos; pero también, el desprecio y la desconfianza a cualquier cercano. Ésta es la constante negación de su propio yo y de sus personajes. Y así es lanzado a estados de envidia y desasosiego siempre violentos. Es incapaz de disfrutar e integrar lo anhelado cuando sucede. Aquí nos dice la autora que cuando la vida le brinda éxitos, él “se siente indiferente a la comunión tan anhelada”.

Strindberg es sinónimo de crisis: el tener y el no tener, siempre al mismo tiempo. El instinto de vida, la lucha por romper límites, por el nunca detenerse, lo hacen vivir cada vez más solo. Su enfermedad le deja libre un área de su vida. Encuentra en la creación de su obra un sentido de existencia, una posibilidad de crear un universo propio pero que al final ya ha sido contaminado con su sentimiento de marginalidad y con su patología, toda. Y así concluye que la única salida frente al fracaso es la muerte.

Pedía afectivamente lo que rechazaba. Así August escribe a un amigo pidiéndole que comprenda su misoginia, que es sólo el reverso de su temerosa atracción hacia el otro sexo.

Así como Ruiz Milán nos muestra y nos lleva de la mano por el psicoanálisis de Strindberg, también nos descubre cómo la genialidad del dramaturgo, a pesar de su patología, también lo convierten en un tipo de psicoanalista de su época y de la persona como tal.